

UNA ESTRATEGIA ORIGINAL

Por EDUARD BAILBY

EL rapto del señor Charles Burke Elbrick, embajador de USA en Río de Janeiro, es el suceso más importante que se ha producido en el Brasil desde el golpe de Estado militar de abril del 64. Por primera vez, los gobernantes se han visto obligados a adoptar una postura defensiva, sin posibilidad de contraatacar de manera eficaz y rápida.

La operación del 4 de septiembre, auténtica obra maestra, no es un acto de terrorismo puro y simple destinado a llamar la atención de la opinión pública sobre la existencia de un movimiento revolucionario armado en Brasil. Es también, y sobre todo, un acto político que tendrá notables consecuencias en el futuro del país.

Atacos, ataques a bancos y cuarteles, emboscadas y sabotajes se vienen sucediendo desde hace varios años en cierto número de países latinoamericanos.

En el Brasil, sin embargo, los actos terroristas no han hecho su aparición hasta 1967, para multiplicarse en el curso de los últimos meses. Hasta ahora, la opinión pública no otorgaba importancia alguna a este fenómeno. En primer lugar, porque los autores de estas operaciones evitaban darles, de forma sistemática, un carácter político, desorientando así a la policía que se revelaba incapaz, en la mayor parte de los casos, de atribuirles a simples gángsters («marginais») o a auténticos revolucionarios. Además, el terrorismo brasileño se parecía bastante al venezolano, tomando forma de acciones aisladas, sin consecuencias inmediatas para el sistema. Estos dos factores han permitido a los revolucionarios, participantes en la lucha armada, probar sus medios de combate y reforzar su potencial de armamentos, antes de emprender operaciones de mayor envergadura.

El secuestro del embajador

Ha habido que esperar el rapto del embajador Burke Elbrick para que las guerrillas urbanas, esencialmente militares, tomasen un aspecto político. Es evidente que tal transformación no es fruto del azar ni de la improvisación. Ya el 15 de agosto de 1969, es decir, tres semanas aproximadamente antes de la desaparición del diplomático estadounidense, un comando de hombres armados se apoderó de la antena de transmisión de una po-

tente emisora en Sao Paulo, para difundir, durante veinticinco minutos, una proclama anunciando «un golpe verdaderamente espectacular». En realidad, la operación fue concebida poco después de la llegada del embajador Burke Elbrick, en el mes de julio y rápidamente confiada, para su puesta en marcha, a especialistas «militares». En otras palabras, el comando que secuestró al embajador y los que tuvieron la idea de la operación son personas distintas. Este punto es importante ya que el movimiento brasileño tiene una estructura original que lo distingue de otros movimientos latinoamericanos, como veremos más adelante.

La operación del 4 de septiembre fue muy sencilla: raptar al representante oficial de Washington, obligar a la junta militar a publicar íntegramente en la prensa y divulgar por radio un manifiesto de mil palabras, forzar a los generales a liberar a quince presos políticos a cambio del embajador; dicho de otra manera, elegir entre la vida de un diplomático extranjero y el honor nacional, y, finalmente, provocar como consecuencia de todo ello una crisis en las fuerzas armadas, humilladas por haberse visto convertidas en instrumento de un movimiento revolucionario cuya importancia querían ignorar sistemáticamente. En este sentido, gracias a una planificación precisa, la operación ha tenido pleno éxito. Ha permitido que la oposición haga frente común a la dictadura, dada la diversidad de las corrientes ideológicas a las que pertenecen los quince políticos detenidos liberados en Méjico.

El gobierno norteamericano no ha esperado un solo minuto para hacer saber a la junta militar que era indispensable salvar la vida del embajador Burke Elbrick, sesenta y un años, diplomático particularmente apreciado del presidente Nixon. Y la misma tarde del rapto, Robert McCloskey, portavoz del departamento de Estado, subrayaba que el gobierno brasileño se había comprometido a hacer «lo imposible» para satisfacer la demanda americana. Es interesante recordar a este propósito que un teniente coronel del ejército del Aire de Estados Unidos, Michael Smolen, cuarenta y cuatro años, fue raptado en Caracas el mes de octubre de 1964 por las fuerzas de liberación nacional de Venezuela. Los autores del rapto juraron que ejecutarían al oficial norteamericano si Nguyen Van Troi, de diecisiete años, acusado de haber tratado de asesinar al secretario de Defensa, Robert McNamara, era fusilado en Saigón. Los Estados Unidos trataron el asunto con toda discreción. El teniente coronel fue liberado al día siguiente de su rapto, y Nguyen Van Troi, ejecutado por un pelotón militar a los pocos días. Detalle importante: los F. A. L. N. se habían contentado con montar una operación exclusivamente psicológica y publicitaria.

Los temores americanos

En el caso del Brasil, el gobierno norteamericano comprendió muy pronto la gravedad del suceso. En efecto, ciertos medios militares brasileños, en especial de la Marina y el ejército del Aire, y, en general, los jóvenes oficiales que se autocalifican de «puros y duros» reaccionaron enérgicamente ante la idea de sacrificar el «honor nacional». Durante una reunión bastante tormentosa, unos coroncles hicieron la observación de que los Estados Unidos aceptan la pérdida de un promedio de doscientos hombres por semana en el Vietnam del Sur sólo para defender sus intereses. «¿Por qué, se preguntaron entonces, no podían permitirse el lujo de perder un diplomático en el Brasil?». Fue necesaria toda la energía del ministro de la Guerra, general Aurelio de Lira Tavares, miembro de la junta que sustituyó al mariscal Artur da Costa e Silva, presidente de la República, para frenar *in extremis* aquel movimiento de rebelión. Sólo unas pocas horas antes de que despegase el aparato militar brasileño encargado de transportar a Méjico a los presos políticos, oficiales del Ejército del Aire y de la Marina pusieron a punto un plan que les habría permitido, después de la escala en Recife, desviar el avión hacia otra dirección.

El gobierno americano, al corriente de lo que ocurría, ordenó que se tuviese en reserva, en Río de Janeiro, un tetrarreactor del Military Air Transport, matrícula MAT-Z 437, con la misión de embarcar, en cualquier momento, a los quince detenidos políticos. La situación llegó a ser tan crítica, que el ministro brasileño de Asuntos Exteriores, Magalhães Pinto, creyó poder afirmar públicamente, el sábado 6 de septiembre, a las quince horas, treinta y cinco minutos, que el aparato que transportaba a los quince detenidos había despegado, veinte minutos antes, del aeropuerto de Galeão. Ahora bien, el avión no despegó hasta las diecisiete horas tres minutos, es decir, con tres horas de retraso sobre el horario previsto. En la noche del sábado al domingo, un comando de paracaidistas tomó por asalto una emisora de radio en las afueras de Río de Janeiro, para proclamar que vengarían la «vergonzosa capitulación del gobierno».

A partir de aquel momento, la situación se agravó considerablemente en el seno de las fuerzas armadas. Obligados a capitular en la cuestión del secuestro, los «duros», reunidos en torno al general Alfonso de Albuquerque Lima, de sesenta años, ex ministro del Desarrollo del Interior, que no ocultaba su hostilidad al «clan Costa e Silva», exigieron cierto número de compensaciones de la junta. Inmediatamente quedó establecida la pena de muer-



te, en tiempo de paz, para todo acto de guerra «revolucionaria» o «psicológica». La medida es significativa del estado de ánimo que reina entre los militares, ya que la pena de muerte no existía en el Brasil desde el siglo XIX, con excepción de un corto período en 1937 y las circunstancias particulares creadas por la segunda guerra mundial. El último brasileño ejecutado en nombre de la ley lo fue en 1855. Se trataba de un terrateniente, Manuel Mota Coqueiro.

Las divergencias de los militares

Segunda exigencia de los militares «duros y puros»: la destitución del mariscal Costa e Silva, presidente de la República, a quien acusaban de haber dado prueba de debilidad con respecto a la oposición, y, sobre todo, de haber querido restablecer un simulacro de democracia como respuesta a los deseos formulados, el mes de junio último, por mister Nelson Rockefeller, enviado especial del presidente Nixon. El mariscal, con ayuda de dos colaboradores de su confianza, había puesto a punto una nueva Constitución que se proponía anunciar a la nación con ocasión de la fiesta nacional del 7 de septiembre, al mismo tiempo que la reapertura del Congreso, privado, es verdad, de todos los elementos juzgados indeseables por el régimen. Fue durante una violenta discusión con unos cuantos miembros de sus colaboradores más próximos cuando el presidente de la República tuvo su primer ataque.

Sustituido «provisionalmente» por una junta militar compuesta por los ministros de los tres ejércitos, el mariscal Costa e Silva se vio convertido en testigo pasivo de las disputas entre miembros de su go-



El secuestro del embajador norteamericano en Brasil, Charles Burke Elbrick, el pasado mes de agosto, fue una operación planificada y conseguida.

Gracias a ella se estableció un frente unido de la oposición, ya que los quince políticos liberados en Méjico (trece de ellos en la foto) pertenecían a distintos grupos.

bierno tras el rapto del embajador Burke Elbrick. Pero si bien es cierto que sigue contando con importantes apoyos, no lo es menos que tiene temibles adversarios. Uno de ellos es el general Lira Tavares, que, durante bastante tiempo, ha deseado llegar a ser candidato oficial en las elecciones presidenciales de 1971. Un grave incidente le ha opuesto este mismo año, sin embargo, al mariscal Costa e Silva: el haber autorizado la publicación en el «Boletín del Ejército» una carta abierta del general Augusto César Muniz de Aragao contra ciertos elementos «podridos» que rodean al presidente. Sin nombrarle directamente, el general Muniz de Aragao atacaba a un miembro muy próximo a la familia del mariscal Costa e Silva, quien, escandalizado por la actitud de su ministro de la Guerra, se decidió a confiarle el cargo de embajador en Bonn o en Lisboa.

Mas aunque los militares brasileños siguen divididos entre sí y se han visto obligados, durante todo el mes de septiembre, a votar, según un orden jerárquico, para decidir qué general «de cuatro estrellas» sustituiría al mariscal Costa e Silva, se muestran unánimemente de acuerdo sobre la necesidad de aplastar, por todos los medios, la oposición revolucionaria. Desde hace cinco años han ido eliminando progresivamente a los principales dirigentes de la oposición liberal, privándoles de sus derechos políticos durante diez años o enviándolos al exilio cuando no a la cárcel. Sin partidos políticos, sin Parlamento, privados del derecho de opinión, sometidos a una prensa censurada que, insensiblemente, se sovieta, los liberales no tienen más que dos alternativas, atrincherarse en la neutralidad más absoluta o lanzarse a la acción violenta. Está claro, en estas condiciones, que la oposición revolucionaria se está convirtiendo, poco a poco, en la muralla contra la que arremeten los generales en el poder. Esta situación no deja de inquietar a Estados Unidos que tratan, entre bastidores, de liberalizar, «dentro del orden», el ré-

gimen actual, antes de que sea demasiado tarde.

Esta política de apertura preconizada por Washington corre el riesgo de resultar estéril en los meses que vienen. En primer lugar, porque los oficiales «duros y puros», atraídos por la experiencia del Perú, están más que nunca dispuestos a tratar de conciliar la independencia nacional con una serie de reformas estructurales que les permitirían, en su opinión, neutralizar a la oposición revolucionaria. En segundo lugar, la multiplicación de los grupos armados en el Brasil, que traduce ciertas condiciones objetivas de la revolución, es un fenómeno que tendrá cada vez mayor amplitud. En la estrategia mundial de la lucha popular contra Estados Unidos, Brasil es un país clave que desempeñará, cuando le llegue la hora, un papel tan importante, sino más que el Vietnam. Los revolucionarios brasileños no ocultan que su lucha será larga y que provocará inevitablemente la intervención militar de Estados Unidos. La cuarta nación en el mundo por su superficie, la primera en América Latina, Brasil representa, por la inmensidad de sus recursos, un terreno ideal para experimentar una nueva estrategia revolucionaria.

Un miembro de la red

Uno de los responsables de la red que ideó el rapto del embajador Burke Elbrick ha conseguido abandonar el Brasil. De familia burguesa, el individuo en cuestión, al que hemos podido entrevistar, nos ha expuesto claramente los objetivos de su movimiento: «No pertenecemos a ningún partido político, admiramos a los héroes de todas las revoluciones, Lenin, Mao, Che Guevara, pero estimamos que nuestra estrategia debe ser brasileña, es decir, original». Es interesante su-

bray en este sentido que la acción de liberación nacional que firmó con el MR-8 el manifiesto publicado en la prensa brasileña, no es un movimiento organizado según los esquemas comunistas tradicionales y mucho menos estalinistas. Varios grupos revolucionarios de diversas regiones del Brasil pertenecen a la A. L. N. y gozan de cierta autonomía de acción en sus sectores respectivos. Aunque los separan diferencias de estrategia, algunos actúan en medios urbanos, otros en medios rurales, tienen muchos puntos en común. Primero, preconizan la lucha armada como único medio de hacer la revolución en el Brasil; segundo, no quieren someterse a ninguna de las tres grandes capitales de la revolución, es decir, La Habana, Moscú o Pekín; en tercer lugar, si bien reconocen a la China Popular y a Cuba el derecho a proclamar naciones revolucionarias, rehúsan categóricamente este título a la Unión Soviética; en cuarto lugar, dos tercios de los responsables intelectuales de estos movimientos son de origen pequeño-burgués.

Es interesante recordar que, el día mismo en que se produjo el rapto del diplomático americano en Río de Janeiro, el comité central del partido comunista chileno publicó, por pura coincidencia, un documento extremadamente virulento contra el «aventurismo» revolucionario. En dicho mensaje dirigido a las juventudes comunistas de Chile con ocasión del cincuenta y siete aniversario de su fundación, se recuerda que «los bolcheviques siempre tuvieron por consigna la acción de masas. Fidel Castro, en su manifiesto del primero de diciembre de 1955, condenó vivamente la apropiación del dinero por la violencia, declarando que la acción revolucionaria debía estar financiada por el pueblo». Si bien, Gregorio Bezerra, viejo líder del partido comunista brasileño de tendencia soviética, figuraba en cabeza de la lista de los quince detenidos políticos, no es menos cierto que los dirigentes del partido comunista criticaron el rap-

to del embajador norteamericano. En Francia, «L'humanité» sólo consagró unas pocas líneas al suceso.

En varios documentos clandestinos, la acción de liberación nacional, que, repitámoslo, agrupa a diversas organizaciones revolucionarias, ha expuesto de manera precisa sus medios y sus objetivos. «Nuestros métodos y formas de organización, dicen, se subordinan a la acción revolucionaria, y no aceptamos nada que pueda dificultar o limitar esta acción. Hemos eliminado de nuestra organización el sistema complejo de dirección, que comprende peñaños intermedios y una dirección numerosa, pesada y democrática. Nuestra función principal no es la de convocar reuniones, sino desencadenar acciones, para lo que es siempre indispensable una planificación rigurosa».

En un texto titulado «Sobre los principios y problemas estratégicos», firmado por Carlos Marighela, miembro desde hace veinte años del comité central del partido comunista, tráfuga desde 1967, y hoy en día uno de los principales dirigentes revolucionarios del Brasil, se comprende claramente la estrategia de la A. L. N. Primeramente: la guerrilla urbana es un instrumento para inquietar a las fuerzas enemigas. Comandos armados, acciones sorpresa, extrema rapidez de los atacantes, planificación rigurosa de las operaciones, tales son las características de la estrategia en las ciudades. El combate decisivo es el que se entabla en la zona estratégica, es decir, en la zona rural, y no en la ciudad. Sin los campesinos, la revolución no podrá triunfar. Las guerrillas brasileñas «no deben, en ningún momento, defender zonas, territorios, regiones, ni ninguna base o posición fija cualquiera que sea», con el fin de evitar ser rodeadas por las tropas enemigas. Finalmente, «en cualquier circunstancia, la guerra revolucionaria en el Brasil debe ser una guerra no localizada».

Gracias a su autonomía de acción, a su movilidad, los grupos armados del Brasil han conseguido efectuar, hasta ahora, en un plazo particularmente corto si se compara con otros países latinoamericanos, más de doscientas acciones de todo tipo, con pérdidas relativamente limitadas. Será interesante verificar si esta flexibilidad ideológica y táctica de la organización revolucionaria va a permitirle extenderse al resto del Brasil. Es muy verosímil que antes de final de año hagan su aparición las primeras guerrillas rurales. Si los militares en el poder no cambian radicalmente de política para llevar a cabo reformas en las estructuras del país y activar la total independencia del país, siguiendo el ejemplo de Perú, la oposición revolucionaria se extenderá rápidamente a toda las capas de la población, incluida la clase media. Brasil acaba de inaugurar un nuevo capítulo de su Historia. ■ E. B. © «Le Monde Diplomatique» - A. FIEL - TRIUNFO.